

## Ser maestra: una historia que se construye día a día

Fernanda Juárez Domínguez\*

Hay historias que no comienzan con una decisión, sino con una presencia constante que se instala en la vida sin pedir permiso. En mi caso, la docencia no llegó como una elección repentina, sino como una herencia silenciosa que se fue tejiendo desde la infancia. En mi familia materna, ser maestro no era una excepción, era casi una forma de vida. Recuerdo escuchar conversaciones sobre alumnos, planeaciones, reuniones escolares, avances y dificultades, como si fueran parte de lo cotidiano, como si enseñar fuera tan natural como respirar. Mi abuelita, directora durante muchos años, representaba ese ideal de autoridad cercana, firme, pero humana. Sin proponérselo directamente, ella sembró en mí una idea: la de que ser docente implicaba compromiso, paciencia y, sobre todo, una profunda responsabilidad con otros.

Sin embargo, crecer rodeada de maestros no significaba tener el camino completamente definido. Llegó un momento en el que tuve que preguntarme si ese destino también me pertenecía o si simplemente estaba repitiendo una historia familiar. Fue entonces cuando decidí ingresar a la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. Más que una decisión automática, fue un acto de apropiación: quería entender qué significaba ser docente desde mi propia experiencia.

La Normal fue un espacio de transformación. Ahí comprendí que la docencia no se sostiene únicamente en la vocación, como muchas veces se cree, sino en la preparación constante, en la reflexión crítica y en la capacidad de reinventarse. Aprendí que planear no es llenar formatos por cumplir, sino pensar en los niños, en sus necesidades, en sus contextos, en las posibilidades reales de aprendizaje que se pueden generar dentro del aula.

Mis primeras prácticas en un preescolar del estado de Guanajuato marcaron un antes y un después. Llegué con nervios, con inseguridades, con esa sensación de estar entrando a un mundo que apenas

comenzaba a comprender. Pero también llegué con una disposición genuina por aprender. La directora de esa institución fue una figura clave en mi formación. No se limitaba a dirigir, acompañaba, orientaba y, sobre todo, enseñaba con el ejemplo. Con ella entendí que cada actividad tiene una intención, que cada decisión dentro del aula debe tener un sentido, que enseñar implica observar, escuchar y ajustar constantemente.

Recuerdo que en esos días cada pequeño logro se sentía enorme: que un niño participara, que otro lograra expresarse, que poco a poco comenzaran a involucrarse en las actividades. Fue ahí donde entendí algo fundamental: el aprendizaje no es inmediato ni uniforme, es un proceso lleno de matices, de ritmos distintos, de avances que muchas veces sólo se perciben cuando uno aprende a mirar con atención.

Pero si hubo un momento que realmente transformó mi forma de ver la docencia, fue cuando dejé de ser practicante y asumí, por primera vez, la responsabilidad completa de un grupo. Al presentar el examen de USICAMM y obtener un interinato de un año, llegué a una comunidad del municipio de San Felipe con una mezcla de emoción y temor. Sabía que ese era el inicio real de mi camino como maestra, pero también era consciente de que ya no habría alguien supervisando cada paso que daba.

El primer día frente a grupo es algo que no se olvida. La mirada de los niños, curiosa, expectante; el silencio inicial; la sensación de que todo lo aprendido debía cobrar sentido en ese instante. Pero más allá del aula, había otro reto igual de importante: la relación con las familias. Llegar a una comunidad implica integrarse a una dinámica ya establecida, ganarse la confianza, demostrar con acciones que el trabajo que se realiza tiene un impacto real.

Fue en ese contexto donde comencé a entender la dimensión humana de la docencia. Las mamás que en ocasiones me llevaban un lonche no lo hacían sólo por cortesía; era un gesto cargado de significado. Era una manera de decir “te vemos”, “valoramos lo que haces”, “confiamos en ti”. Recibir ese tipo de muestras de cariño y reconocimiento fue profundamente significativo para mí, especialmente en una etapa donde aún estaba construyendo mi identidad como docente.

Más allá de esos gestos, lo que realmente marcó esa experiencia fue escuchar a las familias hablar de los avances de sus hijos. Co-

mentarios sencillos, pero poderosos: que ahora participaban más, que intentaban escribir su nombre, que hablaban de lo que hacían en la escuela. Esos pequeños cambios eran, en realidad, grandes logros. Y fue ahí donde encontré una de las motivaciones más fuertes para seguir: saber que mi trabajo tenía un impacto real en la vida de los niños.

A partir de eso, comencé a involucrar más a las familias en las actividades escolares. Diseñé proyectos donde no sólo los alumnos participaban, sino también sus madres y padres. Poco a poco, la relación escuela-comunidad se fue fortaleciendo. La escuela dejó de ser un espacio cerrado para convertirse en un lugar de encuentro, de colaboración, de aprendizaje compartido.

Esa etapa no sólo me permitió poner en práctica lo aprendido, también me enseñó a tomar decisiones, a resolver imprevistos, a adaptarme a contextos reales que muchas veces no coinciden con lo que dicen los libros. Aprendí que la docencia no es perfecta, que hay días buenos y otros no tanto, pero que cada experiencia deja una enseñanza.

Al siguiente año volví a presentar el examen con una perspectiva distinta. Ya no era sólo una aspirante, era una maestra con experiencia, con aprendizajes, con una historia que comenzaba a tomar forma. Obtener mi plaza y quedar dentro de los primeros cien lugares fue un logro importante, pero también significó asumir nuevos retos.

Actualmente me encuentro en un municipio diferente, viviendo por primera vez la experiencia de ser maestra unitaria. Este contexto implica una complejidad particular: atender a distintos grados, planear considerando niveles diversos, adaptar actividades para responder a las necesidades de todos los alumnos. Es un reto constante que exige organización, creatividad y, sobre todo, disposición para aprender todos los días.

Ser maestra unitaria me ha enseñado a mirar la docencia desde otra perspectiva. Aquí no hay una sola forma de enseñar, no existen recetas universales. Cada día es distinto, cada grupo tiene su propia dinámica, cada niño representa un mundo diferente. Esto, lejos de ser una limitante, se convierte en una oportunidad para innovar, para probar, para ajustar.

En este proceso, el acompañamiento ha sido fundamental. Ir de la mano con mi supervisora me ha permitido reflexionar sobre mi

práctica, reconocer áreas de mejora y fortalecer lo que ya hago bien. He aprendido que la docencia no se construye en solitario, sino en colectivo, a través del diálogo, del intercambio de experiencias y del apoyo mutuo.

Si algo he comprendido a lo largo de este camino es que ser docente no se trata de tener todas las respuestas, sino de estar dispuesto a buscarlas. Se trata de observar, de escuchar, de entender que cada niño aprende de manera distinta y que nuestro papel es generar las condiciones para que ese aprendizaje ocurra.

También he aprendido que los logros no siempre son evidentes. A veces se encuentran en pequeños gestos: en un niño que levanta la mano por primera vez, en otro que se atreve a participar, en quien comienza a reconocer su nombre o a utilizar los números en su vida cotidiana. Son avances que no siempre se reflejan en evaluaciones formales, pero que tienen un valor enorme.

Por eso me hice docente. No sólo por la influencia de mi familia, ni únicamente por la formación académica que recibí, sino por todo lo que he vivido en el proceso. Por las dudas que me hicieron crecer, por las personas que confiaron en mí, por los niños que me enseñan todos los días, por las familias que acompañan, por los retos que obligan a reinventarse.

Ser maestra es construir una historia diaria, una historia que no siempre es fácil, pero que siempre tiene sentido. Es entender que cada día en el aula es una oportunidad para transformar, no sólo a los alumnos, sino también a uno mismo.

Y quizá eso es lo más valioso de esta profesión: que mientras enseñamos, también aprendemos; mientras guiamos, también nos descubrimos. Porque al final, ser docente no es sólo una elección... es una forma de vida que se construye paso a paso, experiencia tras experiencia, historia tras historia.

\*Licenciada en Educación Primaria. Docente unitaria en el Jardín de Niños "Rosaura Zapata" C.C.T. 11DJN4546D, Guanajuato, Gto.  
[fernandajuarezdom0210@gmail.com](mailto:fernandajuarezdom0210@gmail.com)